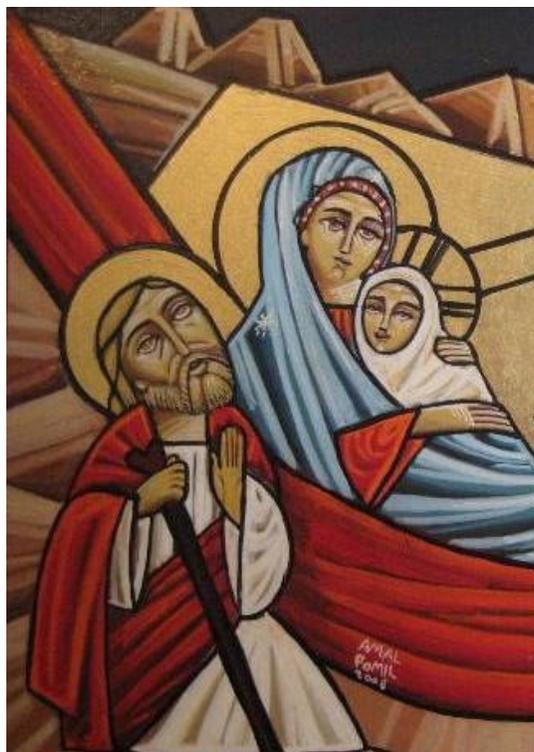


Religiosas de la Asunción
Casa General
17, rue de l'Assomption
75016 PARIS
Tel 00 33 1 46 47 84 56

Paris, 16 de diciembre del 2013

En camino a la Navidad, desde Belén



Coptic Icon : The Holy Family

Y sucedió que, cuando los ángeles se marcharon al cielo, los pastores se decían unos a otros: “Vayamos, pues, a Belén y veamos lo que ha sucedido y que el Señor nos ha comunicado”.

Fueron corriendo y encontraron a María y a José y al niño acostado en el pesebre. Al verlo, contaron lo que se les había dicho de aquel niño.

Todos los que lo oían se admiraban de lo que les habían dicho los pastores. María, por su parte, conservaba todas estas cosas, meditándolas en su corazón. Y se volvieron los pastores dando gloria y alabanza a Dios por todo lo que habían oído y visto, conforme a lo que se les había dicho.

Lc. 2,15-20

Cuando consideramos lo que hemos vivido en las Iglesias locales y a nivel universal, el año de la Fe iniciado por el Papa Benedicto XVI ha sido una bendición para toda la Iglesia. Su clausura, realizada por el papa Francisco el pasado 24 de noviembre, nos ha dado la oportunidad de recibir con gozo la Exhortación Apostólica denominada “La alegría del Evangelio”. Nuestra vida de fe permanece aún como un camino a recorrer, una vida a recibir, una confianza a reavivar y una respuesta a dar cada día, en nuestro camino hacia el Dios Amor que está con nosotros, nos conduce y nos espera. Él ha amado tanto al mundo que se ha hecho cercano en su Hijo, venido a habitar entre nosotros. “La Palabra se hizo carne y habitó entre nosotros”. (Jn 1,14). ¡Ayer fue Navidad, y hoy es Navidad!

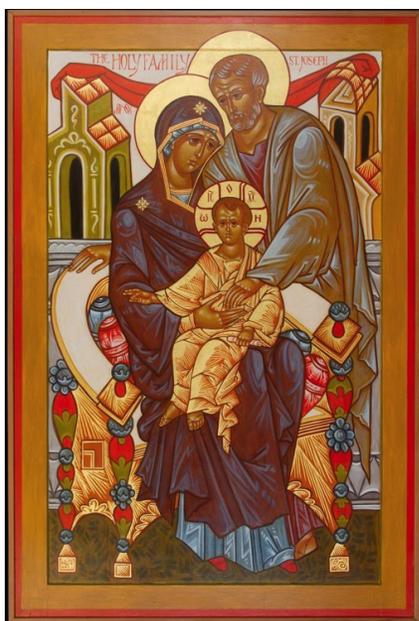
Del cielo a la tierra, los ángeles han hecho el mismo recorrido que el Hijo de Dios. Vinieron a anunciar su nacimiento, mostrando así que el camino y la comunicación entre Dios y los hombres continúan abiertos. ¿Cómo consentir una vez más a ponernos en marcha, a continuar la lucha por la vida, cuando estamos habitados por todo lo que vive nuestro mundo?: las consecuencias de los tifones Yolanda y Haiyan que han golpeado a Filipinas, y en menor medida a Vietnam y a otros países de Asia, dejando a su paso pérdidas de vida humanas y daños materiales considerables; Siria, sumida en un conflicto profundo cuyas consecuencias actuales y a largo plazo, no nos atrevemos siquiera a imaginar; Irak, que continua sufriendo en medio de la indiferencia de muchos; Centroáfrica, convertida en un nuevo campo de batalla y la República Democrática del Congo, cuya guerra y las atrocidades que allí suceden no parecen conmover a muchos.

Tantos acontecimientos en nuestros diferentes países, en cada una de nuestras provincias y en nuestro mundo, nos acosan cada día, nos afectan y nos hacen rebelarnos. Desde el corazón de esta realidad, tal vez no más dramática que la del tiempo de Jesús, nos hemos puesto en camino hacia la Navidad, en compañía de María y de José “hacia Belén, a ver lo que ha sucedido y nos ha comunicado el Señor” (Lc 2,15), y para aprender de ellos a acoger la Vida y la Salvación.

* * *

I.- Desde Belén...

Desde la memorable noche del nacimiento del Hijo de Dios, no podemos ir a Belén sin los pastores, esos amados del Señor, los primeros en recibir la Buena Noticia y por lo tanto, los primeros misioneros de esta Buena Nueva: "Fueron rápidamente y encontraron a María, a José y al niño acostado en el pesebre" (Lc 2, 16). Con ellos, queremos acoger al Niño, reflejo de la bondad del Padre. Con ellos queremos creer en lo que dijeron los ángeles, porque el signo que se les dio no fue de hecho " un no-signo ", según expresa Benedicto XVI. " *El signo es al mismo tiempo un no-signo: el verdadero signo es la pobreza de Dios. Pero para los pastores, que habían visto la gloria de Dios en sus campos, esta señal fue suficiente...* " ¹. Ellos creen en lo que el ángel les ha dicho, reconocen la señal del Niño y se vuelven con alegría, alabando y glorificando a Dios por lo que han visto y oído. (Lc 2, 20)



Icon of the Holy Family (St. Paul's Catholic Church, Juneau)

¡Misterio de Fe, misterio de gozo! Maravilla para nuestros ojos y sosiego para nuestros corazones agitados donde abundan las preguntas existenciales y quizá también sufrimientos no reconocidos. Maravilla porque en Jesús, Dios ha venido a nuestra arcilla humana y a nuestra historia, en la humildad de un niño, para dar sentido y consistencia a lo humano que intenta abrirse camino en nosotras. Él nos conduce al Padre, restableciendo la comunión entre nosotros y nuestro Creador, en el Espíritu que clama su nombre en nuestro interior: "Abba, Padre" (Rom 8,15). Contemplando al recién nacido en el pesebre, contemplamos el proyecto de Dios para

todo hombre y toda mujer, nuestro futuro y el del mundo. La fe de los pastores estimula la nuestra y nos hace capaces de acoger con esperanza este futuro que se hace presencia y compasión, con la certeza de que la Salvación sale a nuestro encuentro en lo concreto de nuestra cotidianidad.

¹ Benedicto XVI, *La infancia de Jesús*, Editions du Flammarion, 2012, p. 112-113

Acojamos entonces con admiración, este don inmenso que Dios hace de sí mismo en su Hijo. Él es la Palabra que da vida y que busca nuestra hospitalidad. Ir hacia Belén requiere audacia para salir de sí mismo y de sus seguridades, valor para desplazarse, vivir una travesía que va de sí hacia el otro con su diferencia, dejarnos conducir con total confianza a “lo esencial”, a ese más allá que nos sitúa del lado de Dios.

II.- María y José, guardianes del Misterio

La revelación del misterio a María (Lc 1,26-38) y a José (Mt 1, 18-25) se hizo en el silencio de sus corazones, un silencio que sólo saben vivir aquellos y aquellas que tienen el corazón puro, aquellas y aquellos que se han entrenado a la escucha de la Palabra de Dios. María y José son los guardianes del Misterio de Dios, ellos pueden enseñarnos a vivir el silencio de la escucha y de la contemplación. Ese silencio - que ha marcado su camino de fe en seguimiento a Jesús, en las diversas circunstancias de su existencia – es, paradójicamente, **palabra**: incesante anunciación de Aquel que viene, que está allí y que habita nuestros corazones

Jesús mismo va a sumergirse en esta escuela del silencio, donde hará el aprendizaje de la obediencia fundada en la fe. En efecto, para ser capaz de hablar con autoridad como él lo hizo durante sus tres años de vida pública, debió pasar por el rito iniciático de una vida contemplativa silenciosa que duró 30 años, en la comunión plena con su Padre, en un tiempo donde había mucho que hacer para liberar a su pueblo del yugo de la ocupación romana. El silencio de Jesús es también el gran signo de su humildad, una humildad que le permite mantenerse paciente frente a nuestra dificultad para comprender el objetivo de su misión, frente a nuestra negativa para acoger el amor desbordante que venía a manifestarnos haciéndose el Servidor, hasta la cruz. Por encima de todo y por anticipado, Él se entregó humildemente a todos nosotros en el pan eucarístico antes de ser revestido del silencio de la muerte, como se había ya entregado al comienzo de su vida terrestre en Belén, la “Casa del pan”

También nosotros hacemos la experiencia de que Dios nos habla en el silencio, un silencio donde podemos crecer en nuestra relación personal con Cristo. El misterio de Navidad nos invita a la adoración, a la apertura de corazón

para acoger la Vida que se nos da, con un gran respeto, una paz dulce, una santa alegría. Porque es verdaderamente en nosotros donde el Niño quiere hacer su morada. Santa María Eugenia lo comprendió tan bien que decía: *“nuestra alma, hermanas, es también un cielo para Dios. Jesús habita allí por su gracia...”*.² Por ello es preciso aprender a hacer- cada cierto tiempo- un gran silencio en nuestra alma, para que todo adore a Dios en el silencio.

Como María y José, e invitadas por María Eugenia, podemos ofrecer al Jesús-Niño esta Navidad, como morada, el pesebre de nuestros corazones dispuestos. Acojámosle en el silencio, de rodillas frente al pesebre. Contemplémosle tan vulnerable, ya entregado entre las manos de los hombres. Allí comienza la imitación de Cristo.

III- Testigos de Jesús para nuestro mundo

María y José reciben del Padre la misión de velar por el Dios-Niño y de ponerse a su servicio. Miran más al Niño que a ellos mismos. Están centrados en Él y cada uno de ellos tiene una relación personal con el Recién nacido, una relación que mantendrán toda su vida. José en particular, desaparece frente al Niño que le es confiado, él, el hombre del silencio, de la humildad y del servicio, que el pueblo cristiano jamás dejó de venerar. La



confirmación hecha por el papa Benedicto XVI y luego por el papa

<http://www.flickr.com/photos/perichorese-icomes/4802288181/>

Francisco, del rol único de San José en la historia de Salvación³, nos exhorta a reconocer su lugar junto a María y su comunión en la misión de educación de Jesús, el Hijo de Dios.

² Santa María Eugenia, Chapitre du 30 août 1883, pp. 87, et 89.

³ El 1ero. de mayo 2013, un decreto de la Congregación para el Culto Divino (...) ha pedido que el nombre de José sea añadido cerca del de María en las Plegarias Eucarísticas II, III,, IV



Icon of the Holy Family of Nazareth Rachel Sim

Pobres y humildes ante el don de Dios y ante la confianza en ellos depositada, María y José no hicieron grandes discursos ni recibieron grandes revelaciones. Estaban allí, sencillamente, con el Niño que se convertiría en su única razón de ser, rodeándolo de su cuidado y cariño. Así, amándolo con todo el corazón- amándose el uno al otro en ese vínculo nacido al abrigo del Hijo- no se lo reservaron para ellos. Lo ofrecieron a todas las personas que se sentían atraídas por su presencia. En este sentido, constituyen el icono de la paternidad y de la maternidad humana. Por el testimonio de sus vidas, ofrecieron un reflejo exacto de Dios hecho Hombre. Son para nosotros una vibrante invitación a dejarnos iluminar por el Verbo divino, el más Grande convertido en el más pequeño.

La fiesta de Navidad nos da la ocasión de hacer de Jesús el centro de nuestras vidas, de vivir de Él y de ofrecerlo al mundo. Porque, *“...Es nuestra tarea hoy el hacer accesible esta experiencia de Iglesia y multiplicar, por tanto, los pozos a los cuales invitar a los hombres y mujeres sedientos y posibilitar su encuentro con Jesús, ofrecer oasis en los desiertos de la vida...Cada uno debe dar un testimonio insustituible para que el Evangelio pueda encontrarse con la existencia de todos. Por eso, se nos exige la santidad de vida”*,⁴

Recibimos la misión de irradiar la luz recibida del Niño del Pesebre. Los pastores que en Belén contemplaron -los primeros- el rostro de Cristo, nos recuerdan que el Evangelio está destinado primero a los pobres. Cristo, rey de humildad, se identificó con el pobre. El rostro del pobre abre para nosotros, hoy, un camino hacia Cristo, *“Porque en el rostro del pobre resplandece el rostro mismo de Cristo.”*⁵

* * *

En camino hacia la Navidad, hemos hecho una peregrinación a las fuentes, hemos ido tras las huellas de un Niño portador del mensaje de

4. Sínodo 2013. Mensaje final, n 3

⁵ Sínodo 2012, Message final, n° 12

Salvación para todos. Yendo en su busca, nos hemos dejado conducir hacia nuestra propia humanidad, acogiendo lo que somos en verdad. La llegada del Niño a nuestra tierra, nos autoriza a vivir la alegría y la paz y a ser profetas en nuestro mundo.

En camino hacia la Navidad, hemos corrido con los pastores, llevando en nuestros corazones las alegrías, las penas, los sufrimientos y las esperanzas de nuestras hermanas y hermanos, para depositarlos a los pies del Salvador. Hemos caminado con María y José. En su compañía, hemos aprendido a interpretar las señales que Dios nos da y a gustar la alegría de estar con Jesús. De María y de José, aprendimos a admirar, a contemplar y a penetrar las profundidades de Dios en la debilidad de un Niño y a reconocer su presencia en la sencillez de la realidad tal y como se nos regala vivirla.

En camino hacia la Navidad, hemos recibido con gozo el gran don de la Vida de Dios en Jesús, Niño-Salvador. De Belén, somos enviadas para anunciar las maravillas de Dios dispuestas para nosotros en su Hijo. Que María nuestra Madre, Modelo de nuestra fe y “Estrella de la nueva evangelización” nos acompañe con su oración maternal y nos ayude, para “que la Iglesia llegue a ser una casa para muchos, una madre para todos los pueblos, y haga posible el nacimiento de un mundo nuevo”⁶ Que el recuerdo de la experiencia vivida en Belén reavive nuestra fe y nos habite a lo largo del año nuevo que se ya se anuncia.

¡Feliz Navidad 2013 a todas, a todos y a cada uno. Santo y dichoso año 2014!

¡En comunión de oración y con fraternal cariño en Jesús nuestro Hermano!

Sr. Martine Tapsoba

Superiora General

⁶ Cf. Papa Francisco, Exhortación Apostólica *Evangelii Gaudium*, 24 de noviembre 2013, No 287-288